



Borges, poeta de la meditación

por Alicia María Zorrilla

Según la doctora Alicia Zorrilla, especialista en normativa de la lengua española, la obra poética de Jorge Luis Borges, que contiene, en realidad, toda su literatura, presenta dos etapas de las que en este artículo se expone:

- la época inicial, que corresponde a *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de enfrente* (1925) y *Cuaderno San Martín* (1929);
- la producción posterior a 1930 hasta su muerte.

... y no comprendo cómo el tiempo pasa,
yo, que soy tiempo y sangre y agonía.
Jorge Luis Borges

Su época inicial: celebración de lo cotidiano

Hay una fórmula ultraísta que prepara el camino hacia esta época: «reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora». «Tenía como ahora –dice Borges– un gran fervor literario y una creencia que ya no tengo. No sé por qué se me había ocurrido [...] que la metáfora es el elemento esencial de la poesía. En buena lógica, bastaría un solo verso sin metáfora –y es fácil encontrarlo–, fuera de las metáforas inevitables que forman el idioma, para probar que esa teoría es falsa». Si bien este recurso estilístico no falta en sus poemarios, nuestro poeta ya no le rinde culto. Para él la poesía «está en el comercio del poema con el lector, no en la serie de símbolos que registran las páginas de un libro. Lo esencial es el hecho estético, [...] la modificación física que suscite cada lectura».

Fervor de Buenos Aires (1923) prefigura todo lo que Borges escribe después. Es, en realidad, su tercer libro de poesía porque, de acuerdo con un consejo paterno, deja a un lado todo lo que no es digno de publicarse. En esta época, cree que el verso libre es más fácil que el regular; pero luego se da cuenta de que es «más arduo», entonces, en sus libros siguientes, lo alterna con el heptasílabo, el endecasílabo y el alejandrino.

El tema de la obra es Buenos Aires, su ciudad entrañable. Borges no define su *Fervor de Buenos Aires* como un libro de poemas, sino como «una prosa más o menos cuidada»: «... cuando yo la escribí, recuerdo haber pensado menos en Whitman [...] que en la prosa de Quevedo, a quien yo leía tanto entonces. [...] ese libro está lleno de latinismos, a la manera de Quevedo, que yo traté de atenuar después». Más tarde, el poeta mitiga sus «excesos barrocos», lima «asperezas» y tacha «sensiblerías» y «vaguedades».

Respecto de los dos libros restantes que completan la trilogía, *Luna de enfrente* (1925) –según Borges– «merece la indulgencia y el olvido», y *Cuaderno San Martín* (1929) debe ser «decorosamente» olvidado. En estas obras de su primera época, sus versos están compuestos por palabras sencillas, cotidianas: *ciudad* (Buenos Aires), *calles*, *barrio*, *cielo*, *llanura*, *patio*, *aljibe*, *jazmín*, *mareselva*, *zaguán*, *balastradas*, *llamadores*, *el terreno baldío*, *yuyos*, *alambres*, *almacén*, *pampa*, *arrabales*, *plaza*, *portones*, *esquinas*, *árboles*, *jardín*, *cementerios*. Comparaciones y metáforas revelan este mundo que es nostalgia del pasado. Por eso, lo que más se siente en la poesía de nuestro escritor es el tiempo, que labra «el verso incorruptible». La historia argentina o la de sus antepasados también forma parte de ese universo onírico.

La producción posterior a 1930: la poesía metafísica

Jorge Luis Borges considera que todos sus libros son «borradores de un único libro» que, tal vez, no llegue nunca, pero que escribió sin saberlo.

Desde 1929 hasta 1954, no siente la necesidad de escribir versos. En 1943 aparece *Poemas* (1922-1943), obra que contiene las composiciones de *Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*, y en la que agrega el «Poema conjetural», que es, para Borges, síntesis de su hacer poético. Once años después publica *Poemas 1923-1953*.

En 1955 pierde la vista, entonces retorna a su actividad poética: *Poemas* (1923-1958) (1958), *Antología personal* (1961), *Obra poética. 1923-64* (1994), *Para las seis cuerdas (milongas)* (1965), *Nueva antología personal* (1968), *El otro, el mismo* (1969), *Elogio de la sombra* (1969), *El oro de los tigres* (1972), *La rosa profunda* (1975), *La moneda de hierro* (1976), *Adrogué* (1977), *Historia de la noche* (1977), *Obra poética* (1923-76) (1978), *La cifra* (1981), *Los conjurados* (1985).

Las preocupaciones metafísicas que ya aparecen en su primera etapa –el tiempo, el hombre, el universo– se acentúan en esta. «En Borges –dice Enrique Anderson Imbert– la metafísica y la lírica son una misma cosa».

Antes, *atardeceres, arrabales, desdicha*; ahora, «las mañanas», «el centro», «la serenidad». Nuestro poeta da más lugar a los sentimientos. Su poesía es más personal, intimista. El mundo interior del hombre atraviesa la máscara del escritor.

Despreocupado del verso libre, admite los metros de la poesía tradicional y hasta retorna a la rima. En algunos poemas –aclara Emir Rodríguez Monegal–, «Borges ve su propia vida (*Mi vida entera*) o se plantea la muerte ejemplar de alguien (*Poema conjetural*, tan cargado de alusiones contemporáneas a pesar de su lejanía histórica); en otros sufre una experiencia de carácter trascendental (*Amanecer*) o reproduce en verso los grandes temas del pensamiento filosófico universal (*Del infierno y del cielo*)».

Entre todos sus libros de poemas, el poeta prefiere *El otro, el mismo* (1969) porque contiene ciertas composiciones en las que quiere «sobrevivir»: «Poema conjetural», «Límites», «El Golem», «Poema de los dones», «El otro tigre», «Una rosa y Milton», «Junín». Dice que ahí están asimismo sus hábitos: «Buenos Aires, el culto de los mayores, la germanística, la contradicción del tiempo que pasa y de la identidad que perdura, mi estupor de que el tiempo, nuestra sustancia, pueda ser compartido».

El autor de *Fervor de Buenos Aires* se siente, ante todo, poeta y reconoce que el verso tiene dos deberes: «comunicar un hecho preciso y tocarnos físicamente, como la cercanía del mar».

Cada momento de su vida es profundamente poético, y en él ha profesado «la pasión del lenguaje». Hay en su poesía –explícito o tácito– un elogio del asombro ante un mundo que sólo tiene la edad de la luz de sus ojos, y que ahora presente su ceguera, que es «penumbra y cárcel».

Borges busca el sentido del mundo, juzga las ideas filosóficas, intenta definir al hombre en los hombres. «Cada palabra –dice–, aunque esté cargada de siglos, inicia una página en blanco y compromete el porvenir». Este pensamiento explica que la palabra es siempre nueva en la pluma de cada escritor, porque comunica esas diferentes emociones estéticas que puede suscitarle un hecho cualquiera. Y como la palabra es magia, un volumen de versos «no es otra cosa que una sucesión de ejercicios mágicos», y escribir un poema es «ensayar una magia menor».

Reconoce nuestro poeta que, entre los libros que ha publicado, el más íntimo es *Historia de la noche* (1977).

En el «Prólogo» de *La cifra* (1981), define la poesía intelectual, en la que confluyen «el intelecto (la vigilia)», que «piensa por medio de abstracciones», y «la poesía (el sueño)», que lo hace «por medio de imágenes, de mitos o de fábulas». Y en *Los conjurados* (1985) –libro donde «hay muchos sueños»–, afirma que no profesa ninguna estética: «Cada obra confía a su escritor la forma que busca: el verso, la prosa, el estilo barroco o llano. Las teorías pueden ser admirables estímulos [...], pero asimismo pueden engendrar monstruos o meras piezas de museo. [...]. Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos, un instante, en el paraíso».

La poesía de Jorge Luis Borges, gran alegoría del tiempo «minucioso», es concisa y sentimental; sentencia y definición de sí mismo; pasado recreado con las vibraciones del alma ante la infinita constelación de recuerdos que la habitan; imagen onírica de la realidad, porque los sueños son «pregusto» de las muertes, y el poeta interroga de continuo a esas muertes –antepasados, padres, patios, rosas, aljibes, zaguanes, parras, pilares, espadas desnudas sin sangre y sin batallas, la otra Buenos Aires–, para reconquistar los paraísos perdidos –«La rosa verdadera está muy lejos»– a través del antiguo nombre de las palabras, que han de salvarlo. En definitiva, «todo poema, con el tiempo, es una elegía».

Alicia María Zorrilla

Es licenciada en Filosofía y Letras, doctora en Letras. Especialista en Lingüística y profesora.

Es Miembro de número de la Academia Argentina de Letras.

Escribió: *Normativa lingüística española y corrección de textos*; *Diccionario de las preposiciones españolas*; *La estructura de las palabras en español y de El uso del verbo y del gerundio en español*.